

## **Transporteño**

No dijo una palabra. Solo deslizó tres monedas por la ventanilla, tomó maquinalmente el boleto y penetró sin miramientos la masa convulsa de pasajeros que colmaban la estación Catedral.

Su abdomen abultado activó el ancestral mecanismo haciendo girar en seco el molinete de madera. Una vez en el andén, se alisó la camisa empapada de sudor que translucía su piel lampiña y grumosa. Divisó un escote permeable a sus ojos vítreos, de parpados caídos, y se dispuso a esperar el subterráneo con la mirada groseramente fija en los senos de una jovencita de uniforme.

Pronto se oyó el traqueteo del coche que llegaba a la estación. Caminó hacia el borde calculando el lugar por donde aparecerían las puertas, para ingresar primero y evitar la fatigosa desventura de quedarse sin asiento. Luego, sintió náuseas, sintió el vacío, vio blanco, después rojo, después negro y el negro se diluyó en un color indefinido, hasta que recuperó la conciencia, parpadeo y miró adelante: la puerta del subte se abría complaciente justo frente a él.

La satisfacción por la certeza de sus cálculos borro al instante la sensación de mareo, y el desfallecimiento que sufriera segundos atrás quedó en su conciencia como la consecuencia natural de un desayuno insuficiente, preparado con málica por su esposa.

Ya del todo repuesto, ingresó en la unidad y se abalanzó hacia el primer asiento disponible. El recuerdo de su esposa hizo que sus ojos buscaron con redoblada obstinación la blusa blanca de la joven para entregarse a su fantasía durante el resto del viaje; pero en el vagón no había colegiala alguna, ni ningún otro pasajero, solo una larga hilera de asientos vacíos...

Pasmado, miro en derredor. Una expresión idiota le cubría el rostro: ¡que extraño era aquello! Para él, el subterráneo y su propia existencia eran fenómenos variables, pero enmarcados en el universo de lo predecible. Cada día, se acomodaba de la mejor manera posible a los eventos de la vida, sus cambiantes circunstancias y múltiples combinaciones. Era un hombre eminentemente seguro de si mismo: tenía plena conciencia de su impotencia ante el desarrollo de un destino impuesto, predeterminado por una voluntad ajena, y no se interesaba demasiado en imponersele. Todo transcurría linealmente poco mas o menos conforme a sus expectativas: un trabajo estable, una mujer sumisa, y algún que otro placer cada tanto. Las eventuales variaciones a este plan no constituían mas que una curva estadística con su media y sus extremos, tal como las que analizaba a diario en la oficina. Su sistema anímico funcionaba en paralelo a esta curva: cuanto mas cerca de la media, mas a gusto estaba. Y no estaba a gusto en ese vagón. Cerro los ojos e intento no pensar.

De inmediato, sintió que algo le rozaba la rodilla. Sobresaltado, levanto la vista, y vio la espalda harapienta de un niño descalzo, como tantos otros que mendigaba en el subterráneo. Algo habitual, normal, natural: se sintió un poco mas a gusto en compañía del pequeño. Miro la figurita del *angel de la guarda* que dormía en su rodilla, la arrojó con indiferencia al asiento de al lado junto a una estampita igual que otro pasajero habría dejado antes de descender. Sobre cada uno de los asientos yacía inerte una estampilla idéntica a la suya.

Levanto la mirada y vio al niño arrodillado en el extremo opuesto del vagón, con las manos entrelazadas y la carita vuelta hacia el techo. Una ráfaga de viento helado recorrió el espacio y le helo la sangre. El niño, sin cambiar de posición, sin el mas mínimo movimiento de su cuerpo, retrocedía hacia él, lentamente, como empujado por el aire.

El subte se detuvo, sus ojos se cruzaron: los de el niño, brillantes, anegados de lagrimas cristalinas; los de el, opacos, inmóviles, aterrados. Un remolino de estampilla se precipito a través de la puerta, detrás del niño, en dirección a la estación que se había *formado* en el exterior.

Cerraronse nuevamente las puertas con fuerte estruendo y su eco se extendió durante varios segundos. En vano intento abrirlas: el vacio reino nuevamente. Con la cara temblorosa pegada al vidrio, observo lleno de horror como el zumbante enjambre de estampillas cubrían lo que parecía ser un letrero que con verdes letras indicaba el nombre de la estación -una que jamás había conocido-, *clementia*. El letrero desapareció detrás de las estampillas que combinadas formaban una extraña frase. Y entonces, todo fue calma, y llego a leer, en un idioma que no conocía pero que logró comprender, estas palabras: “Guardaos de despreciar a uno de esos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre”

El subte comenzó a andar nuevamente. La marcha se hizo vertiginosa, las luces de neón se apagaron. Volvió a sentarse y se aferró de su asiento. Comenzó a pedir auxilio, a gritar, y sus gritos se confundieron con miles de alaridos iguales. Una nueva luz, rojiza, ilumino el coche. Se vio a si mismo ocupando cada uno de los asientos, vio su rostro, mutiplicado decenas de veces, siempre con una exprecion distinta, siempre de terror. Sintió repulsión y miedo por esos pasajeros que a su vez sentían repulsión y miedo. Y de golpe, todo se desvaneció: subte, rostros, gritos... todo menos el túnel. Por el seguía avanzando, suspendido en la nada, viendo la oscuridad en frente, percibiendo sombras de ojos llameantes alrededor, tragando al aire fétido que lo golpeaba en el rostro. Con un ultimo esfuerzo de voluntad, intento mover las manos que reposaban temblorosas sobre sus rodillas: quería aferrarse a su asiento, pues seguía sentado en la misma posición. Y toco, y sintió una materia de

otro mundo, ... y palpo una textura ardiente y dos garras que sostenían sus pantorrillas y lo guiaban en marcha veloz y descendente a través el túnel.

\*\*\*

En las estaciones porteñas se escucho: “el servicio se encuentra interrumpido, sepan disculpar las demoras ocasionadas” Hasta la noche, los rescatistas no pudieron sacar de las vías de la estación Catedral el cuerpo sin vida del hombre que había sido arrollado por una formación. Una joven testigo dijo sollozando que el difunto se había desmallado y caído justo cuando el subterráneo llegaba.